



BLANCOGRAMAS



GEMMA SOLSONA ASENSIO  
**BLANCOGRAMAS**

Título: *Blancogramas*.  
Primera edición: febrero 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.  
Dirección: Manuel Arcas Castillo.  
Coordinación: Ana Martínez Castillo.  
[www.inlimbo.es](http://www.inlimbo.es)  
[www.facebook.com/InLimboEdiciones](https://www.facebook.com/InLimboEdiciones)

Del texto: © Gemma Solsona Asensio  
Diseño de la colección: Raúl Torres y Rosa Aguilera García.  
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)  
Corrección: Juan García Rodenas.  
Maquetación: Rosa Aguilera García  
Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.  
Prólogo © David Roas.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.  
[www.cofassa.es](http://www.cofassa.es)

ISBN: 978-84-121675-5-9  
Depósito legal: AB 621-2020  
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



**InLimbo**  
Narrativa

*A mis locas del desván*

*En otras palabras, el blanco es como el silencio en una película de terror:  
cuando aparece, sabes que algo horrible está próximo a suceder.*  
Mónica OJEDA

*El criminal no hace la belleza; él mismo es la auténtica belleza.*  
Jean Paul SARTRE

*Sí, tal vez por eso todas nos hemos quedado: la señora Eff, y Leah y  
yo. Todas menos la muchacha que vive en sus propias tinieblas. Diré  
una cosa en su favor: no ha perdido su espíritu. Sigue siendo feroz. No  
le doy la espalda cuando veo esa expresión en sus ojos. Lo sé.*  
Jean RHYS

## Prólogo

Visiones desde un gélido desván

*Demasiado blanco. Todo es demasiado blanco aquí afuera.*  
Ángela CARTER, *The Snow Pavillion*

En la última entrada de su diario, antes de abismarse en el horror final, Arthur Gordon Pym anota lo siguiente:

22 de marzo. —La oscuridad aumentó todavía más y sólo la aliviaba el resplandor del agua que nacía de aquella blanca cortina alzada frente a nosotros. Muchos pájaros gigantes, de una blancura fantasmal, volaban continuamente viniendo de más allá del velo blanco, y su grito, mientras se perdían de vista, era el eterno «¡Tekeli-li!». Entonces Nu-Nu se estremeció en el fondo de la canoa, pero al tocarlo descubrimos que su espíritu lo había abandonado. Y de pronto nos vimos precipitados en el abrazo de la catarata, y un abismo se abrió en ella para recibirnos. Pero surgió a nuestro paso una figura humana velada, cuyas proporciones eran mucho más grandes que las de cualquier habitante de la tierra. Y la piel de aquella figura tenía la perfecta blancura de la nieve.

Pocas veces el color blanco adquiere un tinte tan inquietante y terrorífico, el mismo que muestra la piel de Moby Dick o aquel Pueblo Blanco surgido de la imaginación de Arthur Machen. Porque la tradición (el orden) nos ha acostumbrado —obligado— a percibir el blanco como símbolo

del bien, de la pureza, de la luz... como si en la blancura no hubiera sitio para el mal y lo terrible.

En su nuevo libro, Gemma Solsona también explora el horror de la blancura y nos ofrece un estupendo catálogo de seres y fenómenos que escapan a los límites de lo real. Quien haya frecuentado sus relatos anteriores, reconocerá aquí recurrencias y obsesiones: la infancia, la monstruosidad, la evocación nostálgica del pasado, los espacios domésticos asaltados por lo insólito... Basta recordar los turbadores relatos que componen su anterior libro, *Casa volada*.

En *Blancogramas*, el mundo infantil vuelve a ser recurrente, pero no sólo como espacio desde el que contemplar el (horror del) mundo adulto, sino, sobre todo, como ámbito de la crueldad y la perversión, como inquietante subversión de la convencional idea de la infancia como sinónimo de pureza e inocencia. Son varias las niñas-monstruo que habitan en este libro (un personaje, por cierto, cada vez más habitual en la obra de las autoras fantásticas españolas actuales), a través de las cuales Gemma escarba en los rincones más oscuros de la mente infantil.

No es azaroso, pues, que el libro se abra con «Plumas sucias», una perversa historia de crueldad que —no sé si exagero— podría leerse, además, como una siniestra parodia de «Un señor muy viejo con unas alas enormes», de García Márquez. En este caso —no adelanto nada—, la retorcida niña Daniela llevará mucho más lejos su relación con el ángel que cae en sus manos de lo que pudo imaginar el escritor colombiano.

Por el camino de la monstruosidad infantil transitan otros dos excelentes cuentos: «Adorada Cat» —cuyos ratoncitos (blancos, por supuesto) el lector nunca olvidará— y «Blancapiedad», una historia cruel sobre el jugoso tema de las relaciones entre hermanos articulada mediante un hábil juego intertextual con los cuentos de hadas (qué hallazgo el tono que emplea la voz narradora) del que estaría orgullosa Angela Carter.

Pero en el libro hay también espacio para otros modos de lo fantástico y lo insólito. Así, mientras «El caimán blanco» nos sitúa en la Nueva Orleans de la época esclavista, entre vudú, zombis y otros monstruos (animales y humanos), para narrar una historia de fascinación, seducción y magia, «Cucarachas blancas» (todavía no sé por qué ese título me produce un extraño malestar) opta por una ambientación muy diferente: un espacio cerrado y opresivo —¿un mundo postapocalíptico?, ¿un mundo de fantasmas?— donde «siempre son las nueve y media» y cuyos personajes se construyen mediante un delirante juego de reflejos con *Mary Poppins*.

No contenta con esa variedad de temas, ambientes y estilos, en «La dama de los guantes blancos» la autora nos sumerge en la hoy desaparecida Avenida de la Luz de Barcelona, espacio real y a la vez fantástico que ya explorara María Zaragoza en su novela homónima, y que Gemma convierte aquí en el asfixiante decorado de una historia de vampirismo que es también, y sobre todo, una meditación sobre las oportunidades perdidas, la inmortalidad y la creación literaria.

El viaje que empezó en el desván en el que Daniela encierra a su ángel de plumas sucias, termina —reveladoramente— en otro desván, aquel en el que se recluye Lucrecia, la protagonista de «La alcoba blanca» (mi relato preferido de los que componen *Blancogramas*). Un cuento en el que se reúnen, tampoco creo que sea por azar, muchos de los elementos —obsesiones— que Gemma ha ido disseminando por el libro: el espacio doméstico cerrado, la relación fusional entre dos amigas, las presencias fantasmales, la nostalgia del pasado... Una historia de encierro y trastorno mental en el que la inquietante blancura que baña todo el libro llega a su mejor (y más terrible) expresión y deja al lector atrapado en ese gélido y blanquísimo desván «que guarda todos nuestros sueños».

David Roas

Alcalá de Henares, 10 de octubre de 2020

Nota de la autora

Blancogramas

Este libro podría haberse gestado solo en torno al color blanco. El blanco aparecía en un personaje, argumento o en el título de muchas de estas historias que me han acompañado durante meses. Y si los fotogramas —imágenes impresas químicamente en una tira de celuloide— «captan» instantes de realidad, las historias de este libro espero que «capturen» algunos de mis miedos, transformándolos en estos «blancogramas» que me gustaría que produjesen algún que otro escalofrío: gélido, punzante y, sobre todo, blanco.

Sin embargo, la escritura es orgánica y se forma y deforma con lo que vivimos, tememos o leemos. Y en los últimos tiempos, cuando andaba ya pensando en cómo colocar el punto y final a esta recopilación, otro «hilo» se desenredó en la madeja de mis temas y obsesiones. Las casas, la infancia, las brujas, los monstruos... Y cayó en mis manos un libro, *Ancho mar de los Sargazos*: la novela de Jane Rhys que cuenta la historia de Antoinette Cosway, la primera —y olvidada— mujer de Rochester en *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. Esa «loca del desván» de Thornfield Hall que no es más que un espectro para Jane y Rochester, porque sin voz ni pasado todos nos convertimos en fantasmas.

Reconozco que, en mi caso, prefiero a «las locas del desván» antes que a los «ángeles del hogar». Y elijo ese lugar donde se cobijan monstruos y fantasmas para que puedan contar-



me su historia, por extraña o triste que sea. Sin lugar a dudas, me quedo con Antoinette, con Catherine Earnshaw, Merricat, la Dama de Shalott o Carmilla. Porque a ellas, a mis brujas y locas, va dedicado este libro. Al fin y al cabo, yo no quiero una simple «habitación propia» —con permiso de Virginia Woolf—, sino que deseo «mi propio desván» para llenarlo de oscuridad nívea y de todo aquello que me gusta e inspira.

### Plumas sucias

El ruido que la despertó había sido terrible. Como si el cielo negro hubiera chillado en sus oídos con la furia de mil diablos enojados. Papá le había dicho, aquella misma tarde mientras la columpiaba en el jardín, que las nubes de betún anunciaban tormenta. Y Daniela, de madrugada, al abrir los ojos tras el estallido, se había quedado quieta igual que las momias que había visto en el museo de ciencias. Escuchando. Esperando. Lo más curioso es que, después, la casa y el jardín permanecieron en un silencio como de pararse el mundo. Durante un minuto, o quizá dos, ella intentó también contener el aliento; no se atrevió a respirar siquiera. Eso fue, al menos, lo que le contó a su amiguita Ángela al día siguiente. Que, del susto que se había llevado, se quedó sin respiración. Y que los labios, las mejillas, quizá hasta los ojos, se le pusieron púrpuras, del mismo tono oscuro y brillante con el que se pintaba las uñas su madre. Pero es que no era para menos. Sus padres debían estar sordos si no habían oído aquel trueno inmenso, apocalíptico. Seguro que así se habían anunciado las peores catástrofes de la Biblia. El diluvio universal, la lluvia de fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra o incluso las plagas de Egipto. Daniela imaginaba que así había sido porque estaba leyendo la Biblia para niños que le habían regalado al empezar el verano. Y la pensaba leer entera, que al año siguiente reci-

bía la comunión y por eso soñaba, noche tras noche, con el vestido blanquísimo, inmaculado como la paloma del Espíritu Santo, que le compraría mamá para que fuera la más bonita. Pero aquel ruido le había cortado el sueño y había sido horrible, colosal. Y la había dejado sin respirar, al menos dos o tres minutos. Quizá cuatro. Papá la había avisado, claro, de que caería una buena. Y de que las nubes descargarían agua a raudales, truenos y relámpagos. Pero a papá ni se le había pasado por la cabeza que, del cielo, aquella madrugada, pudiera caerse un ángel.

Todo esto se lo contaba Daniela a Ángela, sentada de cucullas, en los límites del jardín de su casa de verano, mientras con media pinza de la ropa hurgaba en el hormiguero que había descubierto hacía unos días, justo al lado de los rosales mustios. A Daniela le daban un asco tremendo las hormigas, pero le complacía verlas salir desorientadas, dando vueltas sobre sí mismas, escapando de aquel trozo de madera que a esos bichos insignificantes les parecería el dedo de Dios. Eran casi las cuatro de la tarde de un domingo de agosto y debían estar durmiendo la siesta, pero solo las niñas tontas lo hacían. «¿No eran las buenas?» preguntó Ángela, dubitativa, mientras se caía hacia atrás, intentando sacarse de encima una decena de hormigas que le habían subido por la falda de un vestido demasiado estiloso para andar jugando en el jardín. Daniela la miró, arrugó la nariz y bufó de aburrimiento.

—Solo las tontas, ¿te lo repito? Por eso tú tendrías que estar en la cama. Pero bueno, ¿escuchaste lo que te dije? Anoche cayó un ángel del cielo. Y lo he metido en el desván. Papá cree que perdieron la llave de ese cuartucho, pero la tengo guardada en mi secreter. Nadie entra allí, mamá dice que hay ratones. Ratones no sé, pero ahora hay un ángel. El mío. Y si papá y mamá no escucharon nada anoche, ni se darán cuenta de que lo tengo allí escondido. ¿Quieres verlo?

Lanzó el palo al interior del rosal y se levantó de un salto. Alargó la mano a su amiga y la ayudó a levantarse. Al mirarla

de arriba abajo, se le escapó una risita de vieja cuando se dio cuenta de que Ángela tenía el vestido manchado y los zapatos perdidos de barro.

—Tu mamá te reñirá cuando llegues a casa. Te has puesto hecha un desastre.

—Es que me dijiste que jugaríamos con tu casa de muñecas, no en el jardín y...

—Yo también llevo un vestido, más lindo que el tuyo, y si me encuentras una sola mancha te regalo mis tres cromos de picar favoritos. Es que a veces eres una lechoncita, Ángela. Y además lo pareces, tierna y redondita. Y un tanto cochina. Ay, va, no te pongas a llorar, qué boba. Ahora, a mi ángel le pides que te ayude. Y que te lo limpie. No parece muy listo, pero a lo mejor te concede un deseo. Sino... ¿para qué sirven los ángeles? Ven, vamos a verlo. Antes de que mamá despierte y nos llamen para la merienda. Vamos, ¡vamos, lechoncita!

Salieron corriendo, Daniela ágil, decidida. Ángela siguiéndola a trompicones. Cruzaron en silencio el jardín desierto, que achicharraba solo con verlo. No había árboles, tan solo arbustos, desperdigados aquí y allá. Los padres de Daniela tenían mucho por arreglar todavía. Era una casa grande y antigua, heredada, que parecía guardar sus misterios como un joyero lleno de compartimentos secretos; con habitaciones amplias que permanecían cerradas, una buhardilla y varios sótanos. Y lo que más le gustaba a Daniela: ese jardín inmenso que rodeaba la casa y que, justo en el centro, tenía un estanque desahuciado. Daniela se paró ante el agujero profundo cubierto de barro seco, junto a la escultura de una sirena de piedra que dirigía su mirada ciega hacia la casa. Era la única estatua que se conservaba de la fuente que en otros tiempos había dotado de agua al estanque, pero que ahora estaba mutilada y mohosa. Daniela se sentó en lo que quedaba de la cola de sirena y señaló hacia la fachada amarillenta del caserón:

—Mira, ya sabes que mi cuarto da justo a esta parte del jardín; es esa ventana de las cortinas violetas, la segunda por la

derecha. Cuando escuché ese ruido tan fuerte me quedé como muerta, claro, de la impresión. Pero después no se escuchaba nada, ¡nada! Y me asomé por la ventana. ¡Adivina qué vi! El ángel estaba aquí, en medio del barro, casi que parecía una figura que papá había puesto para decorar el estanque. Eso era lo que hubiera querido mamá, llenarlo de peces y figuras de piedra. Pero el año que viene tendremos una piscina y podremos bañarnos y... bueno, lo que te decía. Una figura, parecía mi ángel: un aguilucho gigante, así como encogido, hecho un ovillo.

—Espera, ¿cómo lo viste? Si estaba tan oscuro... —Ángela hablaba con la vista fija en el estanque vacío, como si centrando su atención allí donde Daniela señalaba pudiera comprender mejor lo que su amiga contaba.

—No seas mema. Cogí una linterna y enfoqué hacia aquí.

—¿No tuviste miedo?

—No, no en ese momento. Quizá si lo hubiera tenido más cerca... Es que es bastante feo, ya lo verás. Pero de lejos pensé que sería algún animal extraño y sentí curiosidad. Y como no se movía... Salí de mi habitación y fui hasta la de papá y mamá. Tenían la puerta cerrada y roncaban como si les hubieran dado cuerda. Dudé un momento, no creas, pero al final regresé a la mía, me puse las zapatillas y bajé al jardín, en camión. Ni una gota de agua había caído, papá se equivocó. Y la noche era clara. Pero yo había escuchado aquello y... y estoy convencida de que el cielo se abrió y lo que sí se cayó fue un ángel. Tú te hubieras cagado encima. Eres muy miedosa. Yo me puse ahí, donde estás tú, lo enfoqué con la linterna y cuando lo vi mejor... me dio asco.

—¿De verdad? ¡Si los ángeles son lindos!

—Qué sabrás tú, ¿es que has visto alguno?

—No, claro que no. Pero en catequesis nos dicen que no hace falta ver para creer. Y que toda criatura divina es bonita como una virgen.

—Pues algunas de las virgencitas que hay en la iglesia son horribles, más feas que tú.

—No me hables así. Además, tendrás que confesarte si...

—Bah, yo no tengo que hacer eso. Yo tengo un ángel. Por algo será.

—¿Cómo sabes que lo es?

—Pues por las alas, porque por otra cosa... En cuanto lo encontré pensé que debía sacarlo de aquí. Y que no tenía que decírselo a nadie. Bueno, a ti, ahora, porque es un rollo tener un ángel y no poder decirlo. Pero nadie más lo sabrá. Antes de venir a esta casa, antes de las vacaciones, vi una película de un extraterrestre cabezón que se hace amigo de unos niños. Al principio no se lo cuentan a su madre y así es mucho más divertido, hasta que los mayores se enteran y...

—A lo mejor es eso, un extraterrestre, digo.

—¡No! Tiene alas con plumas. Y es un ángel, no puede ser otra cosa. Aunque... no creo que sea mi ángel de la guarda, eso no. Porque es feísimo. Y no es que haga nada especial... Me di cuenta de que temblaba, solo eso, ni gemía, ni hablaba... nada de nada. Lo vi y decidí que aquí no podía quedarse. No puedes guardar un ángel así en el jardín, no sé si a alguien le gustaría... eso. Tuve que esconderlo. Y fui a la cocina a buscar azucarillos. A los borricos les pierde el dulce, ¿sabes? Aproveché para traerme la llave del desván que está justo en esa parte de la casa, la que da a la glorieta, y que está casi siempre vacía. Es el mejor sitio para que no lo descubran. Le tiré un azucarillo al ángel, y levantó la cabeza y... ¡uf!, quiero que lo veas. Pero vamos, le gustó. Fui lanzándole uno a uno y me siguió como tu perro cuando le das un hueso. Creo que mi ángel, además de feo, es tonto. Y, cuando abrí la puerta del desván, le lancé cuatro azucarillos de golpe y él corrió a comérselos. Se arrastró, se metió dentro y yo cerré la puerta. Después me fui a la cama y esta mañana, cuando he ido a verlo, estaba igual que ayer, en un rincón, temblando como de frío, aunque la casa es el horno de una bruja durante el día...

—¿Cómo pudiste dormir tranquila? ¿Y tus padres? ¿No se dieron cuenta?

—Qué va, y no se enterarán de nada. A ese desván no suben nunca. Huele que apesta, la verdad. Pero ahora no sé si es por el ángel o por los ratones. Venga, ¿quieres verlo sí o no?

Ángela asintió, con un leve escalofrío.

—Oye, ¿los ratones muerden?

—Sí, claro, y te comerán la nariz. Y mi ángel te arrancará las trenzas. No seas tonta, lechoncita. Los ratones al verte saldrán pitando.

Daniela agarró del brazo a su amiga y la obligó a correr hacia la casa, que engulló las dos siluetas vestidas de muñeca arrogante. Daniela seguía tirando de Ángela y la arrastró hasta la parte trasera. Allí estaban las escaleras que conducían a la buhardilla y que escondían, en uno de sus laterales, una puercecita verde. Esta puerta de duende llevaba a un cuartucho que los padres de Daniela ya habían casi olvidado. Daniela sacó una llave de cobre del bolsillo de su vestido de domingo y miró a Ángela justo antes de abrir la puerta.

—No se lo cuentes a nadie, ¿me oyes? O mi ángel se escapará volando esta misma noche y te comerá los pies y las manos. Y la lengua, por lechoncita chivata.

Ángela hizo una mueca, la puerta gimió y las dos niñas, tanteando la pared para no caerse por las escaleras, subieron en silencio. Oía a humedad, a viejo, a animal sucio y descuidado; y el polvo les hacía cosquillas en la nariz. Hacía mucho calor, más que en ningún otro lugar de la casa, y Ángela sentía cómo pringosas gotitas de sudor le mojaban las axilas. «Seguro que me harán una roncha. Y mamá se enfadará. Y más cuando vea los zapatos que llevo y las manchas de barro en la falda...». Suspiró, llegó al final de la escalera y se hizo la luz. Daniela había estirado de un cordoncillo que colgaba del techo y una claridad color miel inundó el cuarto. Ángela se quedó quieta y miró alrededor, con aprensión. Aquí y allá vislumbró restos de muebles hacinados en un mínimo espacio: mesas con tres patas, sillas sin respaldo o cajones desperdigados y vacíos. Montones de ropas descoloridas en los rincones, cajas de car-

tón o herramientas oxidadas tiradas por el suelo. La basura de toda la casa parecía reunirse allí dentro. Y el olor a pocilga se le hizo insoportable. Se tapó la nariz mientras Daniela bajaba, cerraba la puerta y subía de nuevo sin inmutarse, rozándola desdeñosa y corriendo hacia una esquina en la que Ángela distinguió el nido donde estaba la criatura que, si no era un muñeco de cera o un animal disecado, debía ser el ángel del que Daniela había hablado.

—Ven, acércate. No muerde, es inofensivo. Y medio tonto, ya te lo dije. Pero sus alas son preciosas, aunque están un poco sucias. Habrá que limpiar esas plumas, puedo hacer cosas muy lindas con estas plumas...

Resignada, Ángela se destapó la nariz y caminó hasta Daniela. Iba con cuidado, para no pisar los excrementos de rata que sospechaba que inundaban el suelo, pese a que no podía verlos con aquella agónica luz amarilla. Sin embargo, podía ser peor si rozaba un ratón o una rata inmunda. Cuando llegó junto a Daniela se apretujó contra ella, buscando su contacto, para sentirse mejor, más segura. Y observó con atención el bulto encogido que reposaba sobre un hatillo de mantas viejas.

—Oh, Daniela, no me lo dijiste. Tiene la piel rosa, es...

—No, no es rosa.

—Sí lo es.

—Mira, el rosa es bonito, es mi color favorito. Cómo podría ser algo rosa y ser tan... tan feo. ¿Es que no te das cuenta?

Ambas miraron a la extraña criatura que yacía a sus pies. No era mucho más grande que cualquiera de ellas, pero sí tan delgada y frágil que daba la impresión de que, si Daniela o Ángela, con sus zapatos de domingo, le hubieran dado un puntapié a la vez, podían hacerla estallar en mil pedazos y plumas sucias. Tenía un cuerpo desgarbado, como de orangután; pezuñas de chivo al final de lo que parecían brazos y piernas; y una piel rosa pálido de flor mustia, como en carne viva, que le cubría todo el cuerpo. De la espalda le salían dos alas

cartilaginosas, cubiertas con plumas de un blanco enlodado que estaban desperdigadas de tal forma que parecía que las hubieran lanzado al azar sobre el cuerpo giboso. Sin embargo, esas alas de plumas sucias eran lo más destacado en aquella maltrecha criatura que intentaba ocultar su rostro de las dos miradas infantiles e insolentes.

—Fíjate bien, Ángela: es rosa, sí, pero como el color de la piel de un viejo; mi abuela tenía las piernas así, llenas de llagas, un asco; no podía caminar siquiera. Anda, míralo, ¡venga! Eh, a lo mejor se parece más a las pezuñas del caniche de tu madre, que a mí me da repelús...

—Ay, Daniela, no digas eso. Mi perro es una monada y esto es asqueroso. Oye, esta piel... ¿y si le duele?

—No seas tonta, es un ángel. No sufre. Si no ¿qué gracia tendría serlo?

La criatura dobló una de aquellas alas de buitre roto y su perfil asomó entre las plumas. Ángela ahogó un gritito, aunque no pudo dejar de mirarlo.

—Es más feo de lo que habías dicho. Tiene los ojos como una gamba, redondos, brillantes. Pero los suyos son inmensos y rojos como fresones. ¿Y la cabeza? ¿No se parece a la de un cordero?

—¡Qué dices! Yo más bien le veo morro de lobo.

—Ay, no, pero se da un aire a los corderitos de las estampitas de primera comunión. Yo quería una virgen rodeada de ovejitas en la mía y... Sí, es eso Daniela: tiene cabeza de cordero, pero así como en rosa sucio. ¿Tendrá dientes? Parece que tiembla...

El presunto ángel ladeó la cabeza, como si escuchara.

—Sí, no para. De temblar, digo. Y no creo que tenga un solo diente en su sitio. Ayer chupperreteaba los terrones y hacía un ruido tremendo. No le he dado más comida. Si es un ángel tampoco lo necesita. Mira, ¿ves como te dije que lo más bonito que tenía eran las alas? Son grandes, aunque ahora las tenga encogidas. Para mí que se le rompieron en la caída. Pero

podrá hacer milagros, ¿no? Y ponerse unas alas nuevas. Como Jesús con los panes y los peces, que los hacía salir de la nada. Espera, que quiero que las veas mejor...

Daniela cogió un azadón oxidado que había en el suelo y azuzó a la criatura, apuntándola a la cabeza cubierta de una tenue mata de pelo gris que tenía la consistencia del algodón. Cuando aquel ser, acorralado, estiró el ala para protegerse, decenas de plumas salieron volando.

—Ay, mira, Daniela: ¡las plumas! Vuelan como los dientes de león. ¡A lo mejor se les puede pedir un deseo!

—¿A las plumas que se le van cayendo? No creo. Y si lo haces pasará lo mismo que cuando se lo pides a tus flores. O que cuando rezas. Nada. A mí no me gustan los dientes de león. No huelen. Son inútiles. Como estas alas si no le ayudan a escapar de esto. Aunque son lo más bonito que tiene mi ángel, ¿a que sí?

—Y esta peste, ¿es por el ángel?

—No sé, a lo mejor los ángeles huelen así, pero es que aquí dentro todo huele a boñiga, la verdad.

—Pues yo no tengo claro que eso sea un ángel. Creo que tendrías que preguntar a tus padres y...

—¡No seas tonta! Es mío. Y mamá y papá aquí no pueden entrar. Además, esto no se queja. En todo el día no ha dicho ni «mu». Hace menos ruido que una tortuga. ¿Crees que me cayó del cielo por el deseo que pedí para mi cumpleaños? Quién sabe si esos sí funcionan... Yo quería un perrito, blanco, lanudo, grande. Algo bonito, como merezco. No tan ridículo como el de tu madre. Pero ¿esto? No sé. Bueno, si lo pienso, es hasta mejor: ¡un ángel para mí sola!

—Daniela, ¿y si es peligroso? No se parece a nada de lo que he visto antes. Ni en los libros, ni en las estampitas. Ni en las figuras de mi tía. ¿Sabías que mi tía colecciona ángeles? Tiene figuritas de cerámica en una habitación que parece un museo. El papel de las paredes es rojo cereza y casi todo está cubierto por muebles y cuadros y estantes... Y no hay ningún

ángel, que yo recuerde, que se parezca a eso. Oye, a lo mejor puedes preguntarle al cura que te da la catequesis. Seguro que si se lo dices a tu madre...

—¡He dicho que no! No quiero que me lo quiten. Es mi ángel y pienso hacer con él lo que me venga en gana. Y acuérdate de que es un secreto. ¿Lo entendiste? ¡O te meto el ángel en la cama y te come la lengua!

Con rabia, Daniela hincó el azadón en uno de los brazos raquíticos de la criatura, que se quejó con un ruido de puerta vieja y se arrebujó en un desorden de piel pulposa, plumas y mantas. Ángela se estremeció y cerró los ojos para no verlo. Al abrirlos, Daniela ya estaba de nuevo al pie de la escalerita, mirándola, desafiante.

—¿Vienes o quieres quedarte a dormir aquí con eso? Es inofensivo, pero no sé si podría decir lo mismo de las ratas. Cric, cric, cric, cric, cric... Venga, que son las cinco pasadas y hay que merendar, lechoncita. Este seguirá aquí, que no se me escapa, no te preocupes. Volveremos juntas y a ver qué hacemos con las plumas. Yo creo que podríamos arrancarle unas cuantas, ¿te parece?

Corrió escaleras abajo y Ángela se precipitó tras ella, nerviosa, por si Daniela estiraba el cordón de la luz, cerraba la puerta y la dejaba allí, a oscuras, entre trastos viejos, ratas y un ángel lisiado. Al llegar a la puerta verde, Daniela se paró de golpe.

—Ángela, tu tía vive cerca de tu casa, ¿verdad? Pues dile a tu madre que mañana iremos allí a merendar.

—Pero mañana teníamos que ir a la playa. Y a mamá le extrañará que...

—No le extrañará nada. Dile que queremos ver esos ángeles. Es la verdad. ¡Quiero verlos! No todos los ángeles tienen que ser iguales. Mi padre dice que yo tengo cara de ángel. No lo diría si viera eso que está ahí arriba, claro. Yo tengo la carita de un ángel de los de estampita, y tú tienes el nombre, lechoncita. Pero quiero ver esa habitación de tu tía. ¿Y si hay alguno

parecido al mío? Así sabremos si eso tiene un nombre, algunos ángeles lo tienen, lo he leído. Y a lo mejor sirve para algo. ¿Y si tu tía nos ayuda? Venga, dime que mañana iremos a verla o de aquí no sales. ¿Sí? Y ahora a merendar, que tengo tanta hambre que me comía un ángel entero, ¡con plumas y todo!

Más tarde, al llegar a casa, Ángela llamó a su tía antes de quitarse el vestido sucio y los zapatos perdidos de barro, para decirle que iría a visitarla, a merendar con ella. Y que llevaría una amiguita muy linda que había empezado a dibujar justo ese verano y a la que se le daba muy bien pintar ángeles, y que por eso se moría por ver la habitación donde los guardaba, y los cuadros y las figuras, que le habían dicho que eran un primor. Al día siguiente, ella y Daniela aparcaron sus bicicletas en el minúsculo jardín de la casa de la tía, tocaron al timbre y fueron recibidas por la mujer con demasiados abrazos y un intenso olor a canela procedente de las torrijas que les había preparado de merienda. Enseguida, con orgullo de anfitriona, la tía llevó a las niñas a la famosa habitación roja, donde les mostró su colección de ángeles universales, comprados en ciudades tan dispares como Praga, San José o Moscú.

—Sí, tiene muchos, es verdad —susurró Daniela al aire, mientras se acercaba a un armario acristalado que albergaba un ejército de cientos de angelitos del tamaño de su dedo meñique—. Ay, ¿podría preguntarle una cosa?

—¡Las que tú quieras! Dime, ricura...

—¿A cuál de estos se parecería un ángel? Un ángel de verdad, ¡claro!

—Pues no sé si serán así los ángeles, tesoro. Lo que sí puedo decirte es que todos tenemos alguno cerca, si nos portamos como corresponde. Y ese ángel será como... como lo ves en tus sueños. Y como tú te mereces. Sí, ¡eso creo! El tuyo tiene que ser tan bello... perfecto, porque nada de lo que soñamos tiene la textura ridícula de la realidad. Pero, bueno, no sé si me estoy explicando bien. Mira, a mí lo que me gusta es coleccionarlos. Es una manía que me viene de lejos. Quizá